

XV

El Dnieper

Luis Richard no se había engañado en sus conjeturas. Ney, al dirigirse hacia el norte, sólo tuvo una intención: la de despistar á los rusos; extraño á los detalles que hemos narrado, volviendo la cabeza para no ver caer á sus muertos, tapándose los oídos para no percibir los ayes de los heridos, seguía adelante su camino, más indiferente á la granizada de balas y de metralla que á los copos de nieve que cubrían las huellas que podían hacerle reconocer el camino.

Al cabo de tres horas, el mariscal se detuvo; hallábase en una aldea abandonada, como lo estaban todas; uno ó dos, y tal vez tres ejércitos habían pasado por allí; no quedaba ni una puerta, ni una ventana; todo lo que podía arder había sido quemado. Así pues, no quiere prolongar su parada: antes del día volverá á ponerse en camino. El Dnieper debe correr enfrente de él; pero enfrente de él están también los rusos. Se dirigirá en derechura al este, retrocederá en ángulo recto hacia el mediodía, y encontrará el río.

Hacia las nueve retumbó el cañón. ¿Es algún cuerpo de ejército, que sabiéndole perdido, viene en su busca por orden de Napoleón?

No; las salvas ofrecen demasiada regularidad: son los rusos, que celebran su triunfo en su campamento.

Sin barcos, sin parque pontonero, es preciso que Ney y los dos mil hombres que le quedan sigan su camino; ¡y por ese camino hay ochenta mil hombres á caballo! Ney no puede escapárseles.

Lo que anuncian las salvas de artillería es Ney prisionero...

El mariscal lo explica á sus soldados.

—Ahora,—dijo,—hay que probarles que mienten. Mañana, antes de que apunte el día, partiremos; ¡mañana, antes de la noche, nos habremos reunido al ejército!

La noche fué menos mala de lo que hubiera sido al raso. Aun cuando las puertas y ventanas estaban desgarradas, aquellas cabañas eran, al cabo, una especie de abrigo.

A las cuatro de la madrugada, los jefes despertaron á los soldados, sin valerse de tambores ni cornetas.

Hubo que luchar una hora para despertar á aquellos desgraciados y obligarles á ponerse en camino; allí quedaron tres ó cuatrocientos, á los que no se pudo hacer levantar ni con súplicas ni con amenazas.

Emprendieron el camino de la vispera, sólo que se inclinaron hacia la izquierda. Anduvieron así unas dos horas, cuando de pronto, los soldados que formaban la cabeza de la columna, se detuvieron como consultándose.

Ney acudió

—¿Qué hay? ¿Qué es lo que os inquieta?

Los soldados le mostraron un punto rojo en la nieve, y por encima de aquel punto rojo una columna de humo que se levantaba hacia el cielo.

¿No podía ser una avanzada de los cosacos?

Un hombre se destacó, dió una vuelta y regresó diciendo que lo que se veía era una cabaña aislada que debía servir de habitación á algún mujik; por los alrededores no se veía rastro ni de rusos ni de cosacos.

Dirigiéronse á la cabaña; cuando sólo estuvieron á unos veinte pasos, vieron salir á un hombre armado con una pistola en cada mano.

—¿Quién vive?—preguntó.

—¡Un francés! ¡Un francés!—exclamaron á un tiempo quinientas voces.

El hombre volvió á entrar en la cabaña.

Nadie pudo comprender aquella indiferencia. Aquel francés parecía estar allí extraviado; ¿por qué recibía con tanta indiferencia á sus hermanos?

Adelantáronse, entraron en la cabaña y lo encontraron de rodillas ante un cadáver.

—¡El capitán Luis Richard!—murmuraron algunas voces.

—El que llamaba á su hermano,—dijo el alemán que había visto caer á Pablo.

Ney entró también.

Luis le reconoció.

—Señor mariscal,—dijo,—buscáis el Dnieper, ¿no es verdad?

—Sí,—respondió el general.

—Pues bien: haced enterrar á mi hermano, y os conduciré directamente al río.

—Otros valientes soldados como él han quedado sin

sepultura; por escaso que sea el tiempo que perdamos en abrir la tierra, será tiempo perdido.

—Señor mariscal: yo he visto esta noche cómo los lobos se comían los cadáveres, y no quiero que mi hermano sea pasto de los lobos. El tiempo que perdamos os prometo hacéroslo recobrar.

—¡Que se averigüe si quedan algunos zapadores con picos y azadones!

Halláronse cuatro ó cinco hombres que habían conservado sus instrumentos.

—Los que caven la fosa de mi hermano, tendrán una piel de oso y mi capote,—dijo Luis Richard.

Dos hombres pusieron manos á la obra y lograron abrir una especie de fosa; en ella fué depositado el cuerpo del capitán Pablo Richard y cubriéronlo de tierra; luego cuatro hombres descargaron sus fusiles sobre la fosa.

Ni un general había tenido tales honores fúnebres desde la salida de Moscou.

—¡Ea,—dijo Luis Richard,—en marcha!

Y conduciendo al mariscal al torrente en el que se había hundido durante la noche, manchado todavía por el sangre del lobo y la suya:

—Mirad, señor mariscal,—dijo Luis, enseñándole el agua que se deslizaba hacia el este;—esto es, sin ningún género de duda, un afluyente del Dnieper; siguiendo este riachuelo, encontraremos el río.

Era tan probable, que nadie hizo la menor observación, y fueron siguiendo el cauce, que condujo á una aldea abandonada como las demás.

Atravesaron la aldea, y, al salir, encontraron el río.

—Ahora falta saber si el río estará helado.

—Lo estará,—respondió Ney.

Y se acercaron silenciosamente á la orilla. ¿Estaría ó no helado el río? Era cuestión de vida ó muerte para dos mil hombres...

¡El río estaba helado! Hasta poco antes flotaban los témpanos; pero contrariados de pronto por una brusca reuuelta de sus orillas, los témpanos se habían soldado mutuamente apenas hacía una hora. Más arriba y más abajo se veían témpanos flotantes.

—Sólo nos falta asegurarnos de que sostiene. ¡Un hombre de buena voluntad que arriesgue su vida para salvar la de dos mil franceses!

No había terminado aún, cuando un hombre se aven-

turaba por la débil superficie: era Luis. El terrible dolor que acababa de sentir por la muerte de su hermano le había vuelto indiferente, y se hubiera jugado la vida á una mano de dados; de modo que no consideraba un mérito el arriesgarla á tal objeto.

Todo el ejército le seguía con los ojos, jadeante y lleno de zozobra; sin preocuparse de escoger el sitio para evitar el peligro, alcanzó la orilla opuesta.

Era cuanto podía desearse de la intrepidez del joven; algunos gritos de reconocimiento le alcanzaron en la otra orilla.

Entonces, sin pedírselo, le vieron atravesar de nuevo el río, y, con el mismo desprecio de la vida, regresó hasta la columna.

—Los peones pasarán, señor general, con tal que anden con precaución y uno á uno; tal vez también algunos caballos alcancen la otra orilla; pero habrá que abandonar el resto y apresurarse: el río empieza á deshelse.

Ney miró á su alrededor: apenas tenía mil hombres. Aquella columna, compuesta de soldados exhaustos, heridos y enfermos, seguida por mujeres y niños, se había separado para ir en busca de víveres.

—Concedo tres horas para que se reúnan,—dijo Ney.

—Sin embargo, pasad vos, mariscal; yo me quedaré á vigilar el paso de la columna,—dijo el general Richard.

—Yo seré el último,—respondió Ney;—pero, como he pasado la noche en vela, dormiré durante esas tres horas. Cuando llegue el momento, despertadme.

Y, envolviéndose en su capote, se tendió sobre la nieve y se quedó dormido como hubieran hecho César, Aníbal ó Alejandro; porque tenía el temperamento robusto de los grandes hombres de guerra, esa salud indomable que completa á los héroes.

Al cabo de tres horas le despertaron. Todos cuantos debían reunirse hallábanse en la orilla del río. Sólo quedaban dos horas de día, y había que apresurarse.

Luis Richard fué el primero en volver á pasar, con el mismo buen resultado; pero los que le siguieron avisaron que el hielo cedía bajo sus plantas; algo más lejos, gritaron que el hielo se hundía y que iban con agua hasta las rodillas; luego nada tuvieron que añadir, porque se oyó crujir el hielo.

—¡Que pasen de uno en uno!—gritó el mariscal.

El instinto de conservación hizo que obedecieran.

Una larga hilera de soldados, distanciados convenientemente, se arriesgó por el río, cuya movable superficie ondulaba bajo su peso.

Los primeros lograron la orilla; pero allí el rápido declive, cubierto de escarcha, pareció que los devolvía al río. Iban á dejar la tierra de la vieja Rusia, y la vieja Rusia quería guardar los vivos con los muertos!

Muchos, al llegar á mitad de la pendiente, resbalaron y cayeron, rodando sobre el hielo, rompiéndolo con el choque, y desaparecieron en la corriente.

Hacia las once de la noche —se habían necesitado cinco horas para realizar aquel lento y peligroso paso—; hacia las once de la noche llegó el turno de los enfermos, las mujeres y los niños; transportados hasta entonces en carruajes, los desdichados no querían bajar, porque aquéllos encerraban cuanto poseían; y, además, ¿cómo podrían viajar sin ellos?

Habíase encontrado un punto algo más sólido en el que pasaron algunos caballos; el mariscal permitió que los coches intentaran pasar por aquel punto.

Dos ó tres se aventuraron.

Todo fué bien hasta la tercera parte del cauce; pero allí empezó á crujir y á ceder el hielo, y empezaron los ayes y exclamaciones; pero no había medio de retroceder: la única salvación era que no quedara por mucho tiempo en un mismo sitio un peso considerable.

Arreáronse los caballos hacia adelante, y, á pesar de su instinto, que les decía que no se aventuraran por la movable superficie, los caballos, desesperados como los hombres, vencieron su terror y avanzaron exhalando fuertes resoplidos.

Los que habían pasado ya, y los que debían pasar aún, seguían con ansiosas miradas á los que pasaban... De pronto, vieron aquellas masas, apenas perceptibles entre las tinieblas, detenerse indecisas; los caballos pateaban el agua con las manos; resonaron gritos de angustia, seguidos por entrecortados lamentos; luego fueron debilitándose los gemidos, hasta extinguirse por completo... Las miradas, que habíanse vuelto á otro lado con espanto, se dirigieron otra vez al río: encima del hielo ¡nada! ¡Todo había desaparecido en el abismo! Por dos ó tres sitios burbujeaba el agua; ¡eso era todo!

No hubo más remedio, pues, que abandonar aquellos preciosos carruajes y escoger lo que podía salvarse; la

elección fué larga y la prolongaba el terror. Luego, las mujeres llevando á sus hijos, los heridos apoyándose unos á otros, los enfermos arrastrándose con pena, empezaron á desfilar como una procesión de silenciosos fantasmas.

Una tercera parte quedó en el río, y las otras dos pasaron.

Fué como un ensayo en pequeño del terrible drama del Beresina.

Por fin, á media noche, todo había pasado ó quedaba hundido en la corriente.

Quedaban unos mil quinientos hombres aptos para llevar las armas, y tres ó cuatro mil inútiles, heridos, enfermos, mujeres y niños.

En cuanto á los cañones, no se intentó siquiera pasarlos; los echaron al río.

Ney fué el último en pasar, según había prometido; al llegar á la orilla opuesta del cauce, puso en marcha aquel triste rebaño.

Luis Richard iba el primero; el profundo dolor moral que le embargaba hacía insensible al frío y al peligro.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, se bajó y tanteó el terreno: se hallaban en una carretera; profundos baches indicaban que habían pasado por allí artillería, furgones y carros.

¡Habíase evitado un ejército, luchado un día contra el río, otro día contra los hombres, otro día contra el río, para acabar luchando todavía!

¡Las fuerzas estaban agotadas; casi perdidas las esperanzas! ¡No importa! Ney gritó: «¡Adelante!», y siguieron la marcha.

El camino conducía á una aldea que fué sorprendida.

Entonces hubo un instante de alegría entre la borda errante, como sucede cuando brilla por un segundo el relámpago en medio de una tempestad. Acababan de encontrar todo lo que les faltaba desde Moscou: ¡víveres, habitaciones caldeadas, seres vivientes! Bien es verdad que aquellos seres vivientes eran enemigos; pero el silencio, el desierto, la muerte, ¡eran enemigos mucho más temibles!

Detuviéronse dos horas en aquel pueblo y prosiguieron su camino. Veinte ó treinta leguas más allá estaba Orcha, donde esperaban hallar el ejército francés.

A las diez, mientras descansaban en una aldea, la tercera que encontraban desde la una de la madrugada, observan que los oscuros bosques de abetos, que parecen acompa-

ñar á la fugitiva columna, se llenan de movimiento y ruido. Son los cosacos de Platof, que han descubierto el ejército de Ney, si ejército puede llamarse á mil doscientos ó trescientos combatientes y cinco ó seis mil inútiles.

Otro pueblo costea el Dnieper, y refújanse en él. Por lo menos, la izquierda quedará garantida por el río.

Desde por la tarde, seis ó siete mil hombres y veinticinco cañones siguen el flanco derecho de la columna. ¿Por qué no la ha atacado? ¿Por qué no se han aprovechado de dos ó tres pasos desventajosos para cargarlos?

El jefe estaba borracho y no se hallaba en disposición de dar órdenes; ¡y los soldados no se atrevían á prescindir de ellas!

Aquella vez, la Providencia no se declaró por los borrachos.

Sin embargo, el momento era decisivo: había que pelear; así al menos se creía. Pero Ney conocía á aquellos miserables.

—Soldados,—dijo á sus hombres, que estaban sonriendo,—terminad tranquilamente vuestro almuerzo. Doscientos de vosotros, entre los que vayan mejor armados, bastarán para tener á raya al enemigo.

Doscientos hombres, reunidos por Luis Richard, rodearon al general.

Ney no se equivocaba: con aquellos doscientos hombres mantuvo en respeto á los seis mil cosacos. Sin duda, su jefe no había recobrado la razón.

Al mismo tiempo se da orden de ponerse en marcha apenas haya terminado el almuerzo.

Al cabo de una hora, la columna echa á andar.

Los cosacos han querido, tal vez, preservar la aldea; pues apenas se abre espacio entre la última cabaña y el último rezagado, bájanse las relucientes lanzas, retumban los cañones; la columna, envuelta por una nube de cosacos, es atacada por todos lados.

Por otra parte, los heridos, los inútiles, los merodeadores, las mujeres y los niños, se espantan y se precipitan, buscando abrigo, hacia el flanco del pequeño ejército, con peligro de echarlo al río.

Ney manda presentarles las bayonetas; esto les obliga á detenerse.

Entonces, en vez de convertirse en motivo de desastre, se convierten en motivo de salvación; en lugar de ser un obstáculo, son una muralla.

Las lanzas hurgan en aquella masa, los cañones la diezman; pero los golpes se pierden en ella, no alcanzan el corazón, no destruyen la vida: los débiles protegen á los fuertes, como escudos vivientes é involuntarios, pero eficaces.

Durante aquel tiempo, el general aprieta el paso, protegido de una parte por el río, de la otra por aquella masa en donde se pierden los golpes.

A veces, no obstante, las dificultades del terreno le obligan á abandonar la orilla, y una línea de cosacos se interpone entre él y el río; pero una descarga da buena cuenta de aquéllos. Otras veces, para no malgastar las municiones, Ney, espada en mano, carga á la cabeza de quinientas ó seiscientas bayonetas; arrolla á los cosacos, y hombres y caballos van á caer al río: amigos y enemigos, franceses y rusos, se deslizarán en las mismas aguas hasta el mar Negro.

Y así andan por dos días, recorriendo veinte leguas; parece una población sitiada, pero errante. Así huye el toro asaltado por los tábanos que le pican.

Llegó, por fin, la tercera noche; hundiéronse en ella como una esperanza de descanso; pero no había posibilidad de detenerse: había que abandonar á los que sucumbían. ¡Algunos, asesinos sublimes, tenían el valor de saltar los sesos á un amigo, á petición de éste!

Ney lo veía todo, y se comprimía con ambas manos el corazón próximo á estallar, y volvía á otro lado los ojos próximos á llorar.

Llegó la noche, decimos; avanzaban á tientas por en medio de un bosque de abetos, y al chocar con los troncos, hacían caer la nieve de sus copas. De improviso, el sombrío bosque se ilumina, estalla una descarga de artillería y cruza silbando la metralla, derribando hombres y abetos, profiriendo cada cual ayes de dolor.

La columna retrocede, se confunde, se revuelve.

—¡Ah! ¡Por fin son nuestros!—exclama Ney.—¡Adelante, amigos, adelante!

Y con cincuenta soldados, aquel hombre titán, aquel héroe de Homero, aquel Ajax que quiere escapar á pesar de los dioses, se echa contra los enemigos, y, en vez de huir, pone en fuga á los que le atacaban.

Con el nuevo día, volvieron las lanzas y la muralla de los cosacos de Platoff. Bien es verdad que los nuestros estaban al abrigo del bosque: débil obstáculo, desde el

cual, con los fusiles, no podíamos alejar á los que nos asaltaban; nos acosaban á medio tiro de cañón, nos escoltaban y nos destruían, extendiendo una línea de fuego, igual en longitud á la que recorríamos. Era forzoso detenerse y recibir la muerte sin darla: y si nos deteníamos, moríamos.

Andábamos bajo el fuego, nos deteníamos bajo el fuego, comíamos bajo el fuego; la muerte nos sorprendía andando, descansando, comiendo; hubiérase dicho que únicamente la Muerte no se daba punto de reposo.

Llegó la noche —la cuarta noche—; resolvieron no detenerse, andar siempre. Los franceses no debían estar lejos.

Quedaban unos veinte caballos y unos veinte caballeros; Luis Richard, que había pasado por entre mil muertes sin recibir un rasguño, se puso al frente de aquellos soldados, y se adelantó hacia la dirección en donde se suponía debía hallarse Orcha, esto es, el ejército francés.

XVI

¡Mi corona por un caballo!
RICARDO III.

¡Trescientos millones para Ney!
NAPOLEÓN.

El 14 de noviembre, según hemos dicho, Napoleón abandonó Smolensko.

El primer día no encontraron más enemigo que el terreno —enemigo bastante fuerte, bastante terrible, bastante porfiado él solo para destruir un ejército!— Partieron de noche y en silencio; silencio interrumpido por las imprecaciones de los soldados del tren, por los latigazos con que fustigaban á los caballos, por el ruido que hacían cañones y furgones llegados penosamente á la cumbre de algún repliegue del terreno, y que, al llegar allí, impelidos por su propio peso, caían en confusión unos sobre otros, destrozándose y desmontándose al fondo de la hendidura.

¡La artillería de la guardia empleó veintidós horas en recorrer cinco leguas!

El ejército se extendía en un espacio de unas diez leguas; esto es, de Smolensko á Krasnoi.

Korytnia hallábase á la mitad del camino entre Smolensko y Krasnoi. Napoleón deseaba detenerse en Koryt-

nia; pero allí, la carretera de Elnia, se cruzaba con la de Krasnoi, y por aquélla avanzaba un ejército con tanto orden cuanto en desorden estaba el nuestro, tan numeroso cuanto el nuestro reducido, y tan animoso cuanto desanimado iba el nuestro.

Aquel ejército se componía de noventa mil hombres, y lo mandaba Kutusoff.

Su vanguardia nos había precedido en Korytnia.

La noticia fué comunicada á Napoleón.

—¡Pensaba detenerme en Korytnia!—dijo.—¡Que desalojen á los rusos!

Un general, no se sabe cuál —sólo los grandes nombres sobresalían en aquel desastre, como únicamente los grandes restos atraen las miradas en un naufragio—; un general se puso al frente de un millar de hombres y desalojó á los rusos de Korytnia.

La desesperación, ó, más bien, el desprecio de la muerte, había quintuplicado las fuerzas: lo que antes se hacía apenas con diez mil hombres, ¡ahora se hacía con quinientos!

Mientras Napoleón entraba en Korytnia, notificósele que otra vanguardia se fortificaba detrás de un barranco, á tres leguas más allá del pueblo; aquella vanguardia era la de Miloradovitch, que llegaba, por otro lado, á paso de carga, con veinticinco mil hombres.

Así, pues, ¡había que abrirse paso por entre ciento quince mil hombres para llegar á Francia!

Napoleón escuchó esta noticia en la única casa que quedara en pie en el pueblo de Korytnia. Estaba sentado ante una mesa en donde había algunos mapas de comunicaciones, mapas de países desconocidos, de exactitud dudosa.

En esto, entró un ayudante del general Sebastiani.

Había encontrado en Krasnoi la vanguardia de un tercer ejército, que ignoraba á quién pertenecía; Sebastiani había ido á desalojarle para dejar libre el paso, y lo mandaba decir á Napoleón.

Además, habían oído decir,—añadió el mismo edecán,—que en Liady, pueblo situado á tres leguas más allá de Krasnoi, otra vanguardia, la cuarta, que suponíase pertenecía á algún cuerpo irregular de cosacos, había copado algunos hombres que avanzaban aisladamente, y entre ellos dos generales.

Esperábase que Napoleón, al saber todos aquellos movimientos hostiles que se realizaban alrededor y enfrente